

---

*Albert O. Hirschman*

---

**DE LA ECONOMIA  
A LA POLITICA  
Y MAS ALLA**

---

  
cfe  
medio  
SIGLO  
1931-2011

---

## I. ORTO Y OCASO DE LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO \*

LA ECONOMÍA del desarrollo es un área de investigación relativamente joven. Nació hace apenas una generación, como una subdisciplina de la ciencia económica, mientras que varias otras ciencias sociales se asomaban a cierta distancia con escepticismo y celos. Durante los años cuarenta, y sobre todo durante los cincuenta, hubo una producción notable de ideas y modelos fundamentales que habrían de dominar el nuevo campo y de generar controversias que en mucho contribuyeron a su vivacidad. En esa época eminentemente "excitante", la economía del desarrollo se desempeñó mucho mejor que el objeto de su estudio: el desarrollo económico de las regiones más pobres del mundo, ubicadas primordialmente en Asia, América Latina y África. A últimas fechas parece ser que por lo menos esta brecha particular se ha venido reduciendo, lo cual no se debe desafortunadamente a una aceleración repentina del desarrollo económico sino al enfrentamiento notable que ha experimentado el avance de nuestra subdisciplina. Por supuesto, ésta es una apreciación subjetiva. Todavía se producen ar-

\* Este ensayo retrospectivo, que también aparecerá en una próxima colección en honor de sir Arthur Lewis (Londres: George Allen and Unwin), es sin duda una revisión muy selectiva. En particular, no se ocupa del desarrollo de nuestro conocimiento empírico acerca del proceso de desarrollo que a menudo ha incluido la verificación de las teorías; aquí tenemos la deuda principal con figuras tales como Simon Kuznets y Hollis Chenery. Recientemente han aparecido otras varias reseñas de esta clase. Véase, en particular, a Paul Streeten, "Development ideas in historical perspective", en *Toward a New Strategy for Development*, Rothko Chapel Colloquium, Pergamon Press, Nueva York, 1979, pp. 21-52, y Fernando Henrique Cardoso, "The Originality of a Copy: CEPAL and the idea of development", *CEPAL Review* (segunda mitad de 1977), Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, Publicación de las Naciones Unidas E.77.II.G.5, pp. 7-40. Véase también en la sección introductoria del capítulo iv una reseña breve de la "elaboración de teorías sobre el desarrollo económico desde una perspectiva histórica" con un enfoque diferente.

tículos y libros. Pero como un observador y participante inveterado, no puedo dejar de sentir que se ha perdido la antigua vivacidad, que cada día es más difícil el encuentro de ideas nuevas, y que el campo no se está reproduciendo adecuadamente.

Cuando la actividad científica se dirige específicamente hacia la solución de un problema apremiante, podemos pensar de inmediato en dos razones por las que decrecerá el interés hacia esta actividad después de cierto tiempo. Una es que el problema está en realidad desapareciendo, ya sea por efecto de los descubrimientos científicos de la fase precedente o por otras razones.

Por ejemplo, la desaparición casi total del interés por la teoría del ciclo económico desde el final de la segunda Guerra Mundial se debió sin duda al notable crecimiento sostenido experimentado durante ese periodo por los países industriales avanzados, por lo menos hasta mediados de los años setenta. Pero esta razón no puede invocarse en el caso que nos ocupa: los problemas de la pobreza del Tercer Mundo están todavía claramente presentes.

La otra razón obvia de la declinación del interés científico en un problema es la experiencia contraria, es decir, la percepción decepcionante de que no se encuentra a mano ninguna "solución" y que se están haciendo escasos progresos. Tampoco esta explicación parece razonable en nuestro caso, porque en los últimos treinta años se han realizado avances considerables en muchos países "subdesarrollados". Ni siquiera la experiencia del Tercer Mundo, en conjunto, es decepcionante.<sup>1</sup>

En suma, las condiciones necesarias para un crecimiento saludable de la economía del desarrollo parecerían notablemente favorables: el problema de la pobreza mundial dista mucho de haber sido resuelto, pero se han logrado y se siguen logrando alentadores avances en este campo. Por lo tanto, resulta desconcertante el florecimiento tan efímero de la economía del desarrollo.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, a David Morawetz, *Twenty-Five Years of Economic Development: 1950 to 1975*, Banco Mundial, Washington, 1977.

En búsqueda de una explicación, me parece conveniente un examen de las condiciones en que surgió nuestra subdisciplina. Creo que podrá demostrarse que esto ocurrió como resultado de una conjunción poco común de corrientes ideológicas diferentes. Dicha conjunción resultó extraordinariamente productiva, pero también generó problemas futuros. En primer lugar, en virtud de su composición ideológica heterogénea, la nueva ciencia se llenó de tensiones que resultarían destructivas a la primera oportunidad. En segundo término, en virtud de las circunstancias en las que surgió, la economía del desarrollo se llenó de esperanzas y ambiciones exageradas que pronto habrían de derrumbarse. En forma muy breve y sintetizada, ésta es la historia que voy a contar, con algunos relatos y reflexiones colaterales.

#### 1. UNA CLASIFICACIÓN SIMPLE DE LAS TEORÍAS DEL DESARROLLO

Las ideas del desarrollo planteadas en los años cuarenta y cincuenta compartían dos ingredientes básicos en el área de la ciencia económica. También se basaban en un supuesto político tácito del que me ocuparé en la última sección de este ensayo.

Los dos ingredientes económicos básicos fueron lo que llamaré el rechazo de la *pretensión de la monoeconomía* y la afirmación de la *pretensión del beneficio mutuo*. Entiendo por el rechazo de la pretensión de la monoeconomía la idea de que los países subdesarrollados se apartan como un grupo—debido a varias características económicas específicas comunes a todos ellos— de los países industriales avanzados, de modo que el análisis económico tradicional, que se ha concentrado en los países industriales, deberá reformularse en sentidos importantes cuando se ocupe de los países subdesarrollados. La pretensión del beneficio mutuo es la afirmación de que las relaciones económicas existentes entre estos dos grupos de países podrían adoptar formas tales que se produjeran beneficios para ambos. Las dos pretensiones pueden afirmarse o recha-

zarse, de modo que existen cuatro posiciones básicas, como se observa en el cuadro siguiente:

→ *Tipos de teorías del desarrollo*

		Pretensión monoeconómica:	
		<i>afirmada</i>	<i>rechazada</i>
Pretensión del beneficio mutuo			
↕	<i>rechazada</i>	<i>afirmada</i> Economía ortodoxa	Economía del desarrollo
	<i>afirmada</i>	<i>rechazada</i> ¿Marx?	Teorías neomarxistas

Hay, sin duda, algunas posiciones que no encajan claramente en ninguno de estos casilleros, pero este cuadro simple genera una tipología sorprendentemente comprensiva para las principales teorías del desarrollo de la periferia. En el proceso, nos permite advertir que hay dos sistemas de pensamiento unificados, la economía ortodoxa y el neomarxismo, y otras dos posiciones menos consistentes que, por tal razón, tenderán a ser inestables: los pensamientos dispersos de Marx sobre el desarrollo de las áreas "atrasadas" y coloniales, por una parte, y la moderna economía del desarrollo por la otra. Me ocuparé sucesivamente de estas cuatro posiciones, pero prestaré mayor atención a la economía del desarrollo y a sus relaciones cambiantes con las dos posiciones adyacentes que la hostigan.

La posición ortodoxa sostiene las dos proposiciones siguientes: *a)* la economía es un conjunto de teoremas simples, pero "poderosos" y de validez universal: sólo hay una ciencia económica ("así como sólo hay una física"); *b)* uno de estos teoremas afirma que, en una economía de mercado, fluyen beneficios para todos los participantes, ya sean individuos o países, de todos los actos voluntarios del intercambio económico ("porque de otro modo no participarían en tales actos"). En esta forma se afirman las pretensiones de la monoeconomía y del beneficio mutuo.

La posición contraria es la de las principales teorías neomarxistas del desarrollo, que sostienen: *a)* que la explotación o el "intercambio desigual" es la característica esencial, permanente, de las relaciones existentes entre la "periferia" subdesarrollada y el "centro" capitalista; *b)* a resultas de este largo proceso de explotación, la estructura político-económica de los países periféricos es muy diferente de todo lo que haya experimentado jamás el centro, de modo que su desarrollo no puede seguir el mismo camino; por ejemplo, se ha sostenido que los países periféricos no pueden tener una experiencia de industrialización afortunada bajo auspicios capitalistas. Aquí se rechazan la pretensión del beneficio mutuo y la pretensión monoeconómica.

Se advierte de inmediato una agradable consistencia interna, basada en la simplificación (exagerada) de la realidad y por ende favorable a la formación de ideologías, tanto en la posición ortodoxa como en la posición neomarxista. Esto contrasta con la situación de las dos posiciones restantes. Debo aclarar por qué coloqué a Marx en el casillero del suroeste (se rechaza la pretensión del beneficio mutuo y se acepta la pretensión de la monoeconomía). Cuando escribe en *El capital* sobre la acumulación primitiva, por una parte, describe Marx el proceso de explotación al que ha estado sujeta la periferia durante la primera etapa del desarrollo del capitalismo en el centro. Así niega toda pretensión de un beneficio mutuo derivado del comercio entre los países capitalistas y los países "atrasados". Por otra parte, su conocida afirmación en el sentido de que "el país industrialmente más desarrollado no hace más que mostrar a los que lo siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro", aunada a su percepción del papel desempeñado por Inglaterra en la India como algo "objetivamente" progresivo por cuanto abre la puerta a la industrialización mediante la construcción de ferrocarriles, sugiere que Marx no percibía las "leyes del movimiento" de países tales como la India como algo sustancialmente diferente de las leyes aplicables a los países industrialmente avanzados. Las opiniones de Marx sobre este último tema son notoriamente complejas y susceptibles de diversas interpretaciones, como lo

indica el signo de interrogación que aparece en el cuadro. Pero la colocación firme del pensamiento *neomarxista* en el casillero del sudeste requirió considerable esfuerzo (lo que implicó, entre otras cosas, la *eliminación* de un componente importante del pensamiento de Marx). La historia de estos esfuerzos y revisiones ha sido narrada en otra parte,<sup>2</sup> de modo que aquí me ocuparé del origen y la dinámica de la otra posición "híbrida": la economía del desarrollo.

Se advierte sin dificultad que la conjunción de las dos proposiciones: *a)* ciertas características especiales de la estructura económica de los países subdesarrollados hacen que una porción importante del análisis ortodoxo resulte inaplicable y engañosa, y *b)* existe la posibilidad de que las relaciones establecidas entre los países desarrollados y los países subdesarrollados sean mutuamente benéficas y para que los primeros contribuyan al desarrollo de los últimos —eso era esencial para que nuestra subdisciplina surgiera en el lugar y el momento en que lo hizo, o sea en los países industriales avanzados de Occidente, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, a fines de la segunda Guerra Mundial. La primera proposición era necesaria para la creación de una estructura teórica separada, y la segunda se necesitaba para que los economistas occidentales se interesaran grandemente en el tema: si pudiera mantenerse la probabilidad, o por lo menos la esperanza, de que sus propios países desempeñaran un papel positivo en el proceso de desarrollo, quizá después de ciertas reformas posibles de las relaciones económicas internacionales. En ausencia de esta percepción, no podría haberse movilizado un grupo numeroso de activistas "solucionadores de problemas".

<sup>2</sup> B. Sutcliffe, "Imperialism and Industrialization in the Third World", en R. Owen y B. Sutcliffe, comps., *Studies in the Theory of Imperialism*, Longman, Londres, 1972, pp. 180-186; y P. Singer, "Multinacionais: Internacionalização e crise", Caderno CEBRAP núm. 28, Editora Brasiliense, São Paulo, 1977, pp. 50-56. Acerca de la complejidad de las concepciones de Marx, aun en el prefacio de *El capital* donde aparece la frase citada, véase el capítulo IV de este volumen, pp. 117-118.

## 2. LA INAPLICABILIDAD DE LA MONOECONOMÍA ORTODOXA A LAS ÁREAS SUBDESARROLLADAS

Una vez que se establece firmemente una corriente de ideas genuinamente nueva y se desarrolla activamente por un grupo grande de académicos e investigadores, se vuelve casi imposible la apreciación de la dificultad de su nacimiento y fortalecimiento. Tales dificultades son particularmente marcadas en la ciencia económica, dados su paradigma dominante y su tradición analítica que constituyen una fuente bien conocida de fortaleza y debilidad para esa ciencia social. En consecuencia, se requiere una explicación del surgimiento y el éxito por lo menos temporal de la tesis herética —aunque ahora familiar— de que grandes porciones del cuerpo convencional del pensamiento económico y las recetas de política económica no son aplicables a los países más pobres, sobre todo en vista de que este movimiento intelectual surgió en buena medida precisamente en el ambiente "anglosajón" que había sido durante largo tiempo el hogar de la tradición ortodoxa.

En efecto, encontramos sin dificultad algunos elementos de tal explicación. La economía del desarrollo aprovechó el descrédito sin precedente en que había caído la economía ortodoxa como resultado de la depresión de los años treinta y del éxito, también sin precedente, de un ataque a la ortodoxia proveniente del interior del *establishment* de la ciencia económica. Por supuesto, me refiero a la Revolución keynesiana de los años treinta, que se convirtió en la "nueva economía" y casi en una nueva ortodoxia en los años cuarenta y cincuenta. Keynes había establecido firmemente la idea de la existencia de *dos* clases de ciencia económica: la tradición ortodoxa o clásica, que se aplica, como gustaba de subrayar Keynes, al "caso especial" en que la economía se encuentra plenamente empleada; y un otro sistema muy diferente de proposiciones analíticas y de prescripciones de política (reformadas por Keynes) que se aplica cuando hay un gran desempleo de recursos humanos y materiales.<sup>3</sup> El paso keynesiano de una a dos

<sup>3</sup> Dudley Seers se inclinó hacia este uso terminológico establecido en su artículo "The Limitations of the Special Case", *Bulletin of*

ciencias económicas fue decisivo: se había roto el hielo de la monoeconomía y de pronto resultaba verosímil la idea de la posible existencia de otra ciencia económica, sobre todo entre el grupo de economistas keynesianos, muy influyente a la sazón.

Entre las diversas observaciones fundamentales para la nueva economía del desarrollo, y que en forma implícita o explícita justificaban el tratamiento de los países subdesarrollados como un grupo de economías *sui generis*, resaltan dos: la del subempleo rural y la que subraya el síndrome de los países que llegan tarde a la industrialización.

1) *El subempleo rural*. Es posible que los primeros autores de nuestro tema hayan buscado una conexión con el sistema keynesiano aún más estrecha y específica que la proveída por la proposición general de que diversas clases de economías requieren diferentes clases de análisis económicos. Tal conexión derivó del énfasis unánime de las contribuciones pioneras —de Kurt Mandelbaum, Paul Rosenstein-Rodan y Ragnar Nurkse— en el *subempleo* como una característica fundamental del subdesarrollo. El énfasis en el *subempleo* rural era suficientemente similar a la preocupación keynesiana por el *desempleo* para dar a los pioneros una sensación muy apreciada de afinidad con el sistema keynesiano, pero también era suficientemente diferente para generar expectativas de un desarrollo eventualmente independiente de nuestra naciente rama del conocimiento económico.

En efecto, las afinidades eran impresionantes. Como es bien sabido, el sistema keynesiano tomó el desempleo mucho más en serio que la economía tradicional y elaboró una teoría del equilibrio macroeconómico con desempleo. De igual modo, los primeros economistas del desarrollo escribieron ampliamente

*the Oxford University Institute of Economics and Statistics*, 25 (mayo de 1963), pp. 77-98, donde aconseja una reforma de la enseñanza de la economía para que resulte más útil en el examen de los problemas de los países menos desarrollados. El "caso especial" que había pretendido una falsa generalidad era, para Keynes, la economía de pleno empleo; para Seers, era la economía de los países capitalistas avanzados, en contraste con las condiciones del subdesarrollo.

acerca del "círculo vicioso de la pobreza", un estado de equilibrio a bajo nivel que puede prevalecer en medio de un subempleo rural generalizado. Además, se sostuvo que tanto las características del equilibrio de una economía avanzada con desempleo urbano como las de una economía subdesarrollada con subempleo rural justificaban las políticas públicas intervencionistas que hasta ahora había proscrito estrictamente la economía ortodoxa. Los keynesianos hicieron hincapié en la tarea de la política fiscal expansiva para combatir el desempleo. Los primeros economistas del desarrollo llegaron, incluso, a defender alguna forma de planeación de la inversión pública que movilizara a los subempleados hacia la industrialización, de acuerdo con un patrón de "crecimiento equilibrado".

En estas formas diversas, la pretensión de la economía del desarrollo de constituir un cuerpo separado de análisis económico y de política económica obtenía legitimidad y fortaleza intelectual del éxito anterior y las características paralelas de la revolución keynesiana.

El énfasis puesto en el subempleo rural como la característica principal del subempleo encontró su expresión más clara en la obra de Arthur Lewis. En su poderoso artículo titulado "Desarrollo económico con dotaciones ilimitadas de mano de obra", se las arregló Lewis —casi milagrosamente— para derivar de una proposición simple acerca del subempleo un conjunto completo de "leyes del movimiento" aplicables al país subdesarrollado típico, así como un amplio conjunto de recomendaciones para la política económica interna e internacional.

En virtud de que el concepto del subempleo rural constituía el fundamento teórico decisivo de la separación de la economía del desarrollo, no resulta sorprendente que haya sido escogido como objetivo favorito por los defensores de la ortodoxia y la monoeconomía.<sup>4</sup> Por ejemplo, Theodore W. Schultz dedicó un capítulo completo de su conocido libro titulado *Trans-*

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, a Jacob Viner, "Some Reflections on the Concept of 'Disguised Unemployment'", en *Contribuições à Análise do Desenvolvimento Económico, Ensayos en honor de Eugenio Gu-din*, Agir, Rio de Janeiro, 1957, pp. 345-354.

*forming Traditional Agriculture* (Yale, 1964) a la refutación de lo que llamó "La doctrina del valor nulo de los trabajadores agrícolas".<sup>5</sup> Esto sugiere una observación interesante acerca de la posición científica de la ciencia económica y de la ciencia social en general. Mientras que en las ciencias naturales o médicas comparten a menudo los premios Nobel dos personas que han colaborado en un adelanto científico dado, o merecen un crédito conjunto por tal adelanto, en el campo de la ciencia económica se divide a menudo el premio entre una persona que ha desarrollado cierta tesis y otra que se ha esforzado denodadamente por demostrar su incorrección.

Al inicio de su famoso artículo, Lewis diferenció la economía subdesarrollada frente a la economía keynesiana señalando que en el sistema keynesiano hay subempleo de mano de obra y de otros factores productivos, mientras que en una situación de subdesarrollo sólo la mano de obra es redundante. En este sentido, mi propia obra puede considerarse como un intento de generalización del diagnóstico del subempleo como la característica principal del subdesarrollo. Afirmé que los países subdesarrollados tienen reservas ocultas, no sólo de mano de obra, sino también de ahorros, espíritu de empresa y otros recursos. Pero los remedios keynesianos serían inadecuados para activar tales reservas. Lo que se requería eran "instrumentos graduales" y "mecanismos de presión", y de allí mi estrategia del crecimiento desequilibrado.

Es posible que mi generalización del argumento del subem-

<sup>5</sup> Su principal argumento empírico era la disminución experimentada por la producción agrícola cuando se reducía de pronto la fuerza de trabajo en un país que supuestamente tenía mano de obra redundante en la agricultura, como ocurrió en la India durante la epidemia de influenza de 1918-1919. Arthur Lewis señaló más tarde que las consecuencias que habían derivado del supuesto de una productividad marginal nula en la agricultura conservarían toda su fuerza si la oferta de mano de obra superara a la demanda al salario dado en la industria, una condición mucho más débil que la de una productividad marginal nula. Véase a W. Arthur Lewis, "Reflections on Unlimited Labor", en *International Economics and Development: Essays in Honor of Raúl Prebisch*, Academic Press, Nueva York y Londres, 1972, pp. 75-96.

pleo haya minado hasta cierto punto la pretensión de autonomía y separación de la economía del desarrollo. Como lo demuestran la obra de Herbert Simon sobre la "satisfacción" y la de Harvey Leibenstein sobre la "eficiencia X", también el desempeño de las economías avanzadas "depende menos de las combinaciones óptimas de recursos dados que de la atracción y utilización [...] de recursos y capacidades que se encuentran ocultos, dispersos, o mal utilizados", según lo expresé en *The Strategy of Economic Development* con referencia a los países menos desarrollados.<sup>6</sup> Una característica que yo había presentado como algo específico de la situación de un grupo de economías se descubrió más tarde también en otras economías. Aunque tal hallazgo propicia una reunificación de nuestra ciencia, lo que tenemos aquí no es un retorno del hijo pródigo a un padre inmutable, siempre acertado y justo. Más bien, nuestro entendimiento de las estructuras económicas de Occidente habrá sido modificado y enriquecido por el examen de otras economías.

Por supuesto, esta clase de movimiento dialéctico —el examen de grupos distintos produce primero el descubrimiento asombroso de la "otredad", al que sigue luego el descubrimiento más asombroso aún de que nuestro propio grupo no es tan diferente después de todo— ha caracterizado los estudios antropológicos de las sociedades "primitivas" desde sus inicios y ha constituido, en efecto, uno de sus atractivos principales. En el campo de la economía del desarrollo, ha ocurrido algo parecido también con las ideas planteadas por Arthur Lewis. La dinámica del desarrollo con dotaciones "ilimitadas" de mano de obra, que se suponía típica de los países menos desarrollados, ha prevalecido, en efecto, en muchas economías "nórdicas" durante el periodo de crecimiento rápido de la posguerra, debido en gran parte a la inmigración masiva, temporal o permanente, espontánea u organizada, proveniente del "Sur".<sup>7</sup> Una de las respuestas analíticas más interesantes ante esta situación ha sido la teoría del mercado laboral doble de Michael Piore y otros.

<sup>6</sup> Yale University Press, New Haven, 1958, p. 5.

<sup>7</sup> C. P. Kindleberger, *Europe's Postwar Growth: The Role of Labor Supply*, Harvard University Press, 1967.

Esta teoría se conecta sin dificultad con el modelo de Lewis, aunque tal conexión no se ha hecho explícita, hasta donde yo sé.

2) *La industrialización tardía*. He sugerido en las páginas precedentes que el concepto del subempleo alcanzó su posición como cimiento de la economía del desarrollo a causa de su afinidad con el sistema keynesiano y del deseo de los primeros autores de nuestro tema de colocarse, por decirlo así, bajo la protección de una heterodoxia que acababa de alcanzar el éxito. Además, había también algo de arcano en este concepto, llamado también a menudo el "desempleo disfrazado", lo que servía para acentuar la aureola científica y la calidad intelectual del nuevo campo.

Pero junto con los misterios, el sentido común del desarrollo sugería también que se requería cierta revisión de las nociones tradicionales. Durante la depresión de los años treinta, y más aún durante la segunda Guerra Mundial, se puso en claro que la industrialización iba a ocupar un lugar importante en toda política activa de desarrollo de muchos países subdesarrollados. Éstos se habían especializado durante largo tiempo —o se habían visto forzados a especializarse— en la producción de bienes primarios para su exportación a los países industriales avanzados que les enviaban a cambio manufacturas. La erección de una estructura industrial bajo estas condiciones de "llegada tardía" constituía obviamente una tarea formidable, lo que condujo al cuestionamiento de la doctrina recibida, en cuyos términos los adelantos industriales apropiados para cualquier país serían aprovechados rápidamente por empresarios perspicaces y atraerían el financiamiento requerido a resultados del funcionamiento regular de los mercados de capital. La larga demora de la industrialización, la ausencia de espíritu empresarial para aventuras más grandes, y la presencia real o supuesta de muchos otros factores adversos, generaban la convicción de que la industrialización de las áreas subdesarrolladas necesitaba un esfuerzo deliberado, intensivo, guiado. La denominación y caracterización de este esfuerzo condujo a una competencia de metáforas: el gran impulso (Paul Rosenstein-

Rodan), el despegue (Walt W. Rostow), la gran explosión (Alexander Gerschenkron), el esfuerzo mínimo crítico (Harvey Leibenstein), y los enlaces hacia atrás y hacia adelante (Albert O. Hirschman). La discusión de estos conceptos utilizó argumentos teóricos —se elaboraron argumentos nuevos en favor del proteccionismo, la planeación y la industrialización misma— y la experiencia de la industrialización europea en el siglo XIX.

En este último aspecto, la lucha entablada entre partidarios y adversarios de la monoeconomía se reflejó en el debate planteado entre Rostow y Gerschenkron. Aunque Rostow había acuñado la metáfora más popular (el "despegue"), había asumido en realidad una posición monoeconómica. En efecto, dividió el proceso de desarrollo en sus famosas cinco "etapas", de contenido idéntico para todos los países, independientemente del momento en que tomaran el camino de la industrialización. Gerschenkron criticó la noción "de que el proceso de industrialización se repite de un país a otro con un ritmo pentamétrico",<sup>8</sup> y demostró que, por el contrario, la industrialización tardía de países europeos como Alemania y Rusia, difería en algunos sentidos fundamentales de la Revolución Industrial inglesa, en gran medida debido a la intensidad del esfuerzo de los países de industrialización tardía por "recuperar el terreno". Aun cuando se limitó a la Europa del siglo XIX, la obra de Gerschenkron tuvo gran importancia para la economía del desarrollo al aportar un apoyo histórico a la posición opuesta a la monoeconomía. A medida que avanzaba la industrialización del Tercer Mundo a mediados del siglo XX, asumía características diferentes de las identificadas por Gerschenkron como típicas de los países europeos de industrialización tardía.<sup>9</sup> Pero quienes gustan de los argumentos históricos encontraron en la obra de Gerschenkron la misma clase de apoyo que el keynesianismo había dado a quienes gustan de los

<sup>8</sup> *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard University Press, 1962, p. 355.

<sup>9</sup> A. O. Hirschman, "The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America", publicado en 1968 y reproducido en Hirschman, *A Bias for Hope: Essays on Development and Latin America*, Yale University Press, New Haven, 1971, capítulo III.



argumentos analíticos: tal obra demostraba definitivamente que puede haber más de un camino hacia el desarrollo; que los países que tratan de industrializarse tenderán a forjar sus propias políticas, secuencias e ideologías para tal fin.

Algunas observaciones posteriores fortalecieron la convicción de que la industrialización de las áreas menos desarrolladas requería enfoques novedosos. Por ejemplo, se descubrió que la industria moderna, intensiva en capital, era menos eficaz para la absorción de las "dotaciones ilimitadas de mano de obra" existentes en la agricultura que la industria de los primeros tiempos. Los avances de la industrialización se veían acompañados con frecuencia por persistentes presiones inflacionarias y de balanza de pagos, lo que ponía en duda la adecuación de los remedios tradicionales, y hacía surgir, en América Latina, las tesis "sociológicas" y "estructuralistas" de la inflación que, curiosamente, han ganado cierta popularidad ahora en los países industrializados, de ordinario sin otorgar el crédito debido.<sup>10</sup> De igual modo, el desarrollo vigoroso de la corporación transnacional en el periodo de la posguerra planteaba interrogantes enteramente nuevos de "economía política" acerca de la medida en que un país debiera atraer, restringir o controlar a estos transmisores de la tecnología y los productos modernos.

### 3. EL SUPUESTO DEL BENEFICIO MUTUO

El nuevo cuerpo de doctrina y de política económica (muy poco unificado) que se construyó en esta forma estaba estrechamente conectado, como señalamos antes, con la proposición de que los países industriales centrales podían hacer una aportación importante, aun esencial, al esfuerzo de desarrollo de la periferia mediante la expansión del comercio internacional, las transferencias financieras y la asistencia técnica.

La necesidad de grandes inyecciones de ayuda financiera encajaba particularmente bien en las teorías que aconsejaban un "gran impulso". Se sostuvo que tal esfuerzo sólo podría

<sup>10</sup> Véase el capítulo VIII de este volumen, pp. 225 ss.

montarse con una ayuda sustancial de los países avanzados, porque los países pobres no podían generar internamente el ahorro necesario. Aquí el modelo básico era la nueva economía del crecimiento que en su versión más simple (la de Harrod y Domar) demostraba que la tasa de crecimiento de un país estaba determinada por la propensión al ahorro y la razón capital-producto. La economía del crecimiento había evolucionado independientemente de la economía del desarrollo, como un heredero directo del sistema keynesiano y sus conceptos macroeconómicos. Aunque este tipo de análisis económico se desarrolló tomando en consideración principalmente a los países industriales avanzados, encontró pronto una aplicación práctica en los ejercicios de planeación para los países en desarrollo que se popularizaron en los años cincuenta. Estos ejercicios contenían invariablemente ciertas proyecciones para una expansión del comercio internacional y de la ayuda. Su supuesto básico era que tal intensificación de las relaciones económicas entre los países ricos y los pobres sería benéfica para ambos. Esta proposición encaja admirablemente en la monoeconomía ortodoxa, pero sería de esperarse que suscitara ciertas sospechas entre los economistas del desarrollo y se combinara mal con algunos de los otros elementos y afirmaciones de la nueva subdisciplina. Por ejemplo, pudo haberse preguntado por qué se encuentran los países del Sur en un estado que, de acuerdo con algunos observadores, requiere de un impulso enorme para colocarlos en una ruta de crecimiento. ¿Por qué se encuentran estos países tan empobrecidos a pesar de participar desde hace largo tiempo en la famosa "red del comercio mundial"<sup>11</sup> que debería producir beneficios mutuos

<sup>11</sup> Éste era el título de un conocido estudio de la Sociedad de Naciones que subrayaba los beneficios del comercio multilateral que se veían amenazados en los años treinta por la difusión del bilateralismo y los controles de cambios. Su autor principal era Folke Hilgerdt, un economista sueco. En el periodo de principios de la posguerra, Hilgerdt, quien entonces trabajaba para las Naciones Unidas, señaló que el comercio exterior, por benéfico que hubiese sido, no había contribuido adecuadamente a una reducción de las diferencias de ingresos existentes entre los países. En virtud de que Hilgerdt pertenecía a la tradición de Heckscher-Ohlin y había celebrado las

para todos los participantes? ¿Será tal vez porque, en el proceso, algunos países han quedado *atrapados* en la red para ser víctimas de alguna araña imperialista? Pero tales preguntas delicadas no se formulaban en la época dorada de los primeros años de la posguerra, excepto quizá en tonos apagados por unas cuantas voces lejanas, como la de Raúl Prebisch. Más adelante volveremos sobre este punto.

El pensamiento orientado hacia la acción destaca raras veces por su consistencia. La economía del desarrollo no es una excepción a esta regla; nació de la combinación de las nuevas ideas acerca de los problemas económicos *sui generis* de los países subdesarrollados y el deseo intenso de lograr un progreso rápido en la solución de estos problemas con los instrumentos que se tenían a la mano o se consideraban alcanzables, tales como la ayuda extranjera a gran escala. Un factor del "arreglo" de esta combinación, a pesar de las incompatibilidades involucradas, fue el éxito del Plan Marshall en Europa Occidental. Aquí se realizó con rapidez notable la tarea de la reconstrucción de la posguerra, gracias al parecer a una combinación de ayuda extranjera con cierta planeación económica y cooperación de los receptores de la ayuda. Se ha señalado, a menudo, que este éxito europeo provocó numerosos fracasos en el Tercer Mundo y que lamentablemente obstruyó una evaluación realista de la tarea del desarrollo por comparación con la tarea de la reconstrucción.

Pero el asunto puede verse de otro modo. Es cierto que el éxito del Plan Marshall engañó a los economistas, gobernantes e intelectuales de Occidente, quienes llegaron a creer que la inyección de capital auxiliada por la clase apropiada de planeación de la inversión podría generar el crecimiento y el bienestar por todo el mundo. Es posible, sin embargo, que el engaño haya sido benéfico después de todo (y aquí tendríamos una aplicación de lo que he llamado el "Principio

contribuciones del comercio mundial al bienestar, este ensayo, que se publicó sólo en forma procesada en las minutas de un congreso (y que no he podido encontrar), ayudó a poner en duda los efectos benéficos de las relaciones económicas internacionales para los países más pobres.

de la mano oculta"). Si se hubiesen apreciado correctamente desde el principio la dureza del problema del desarrollo y las dificultades de la relación Norte-Sur, seguramente no habría ocurrido la considerable movilización intelectual y política que se aplicó a la empresa. En tal caso, y a pesar de los diversos "desastres del desarrollo" que hemos experimentado (y que discutiremos más adelante en este ensayo) ¿no estaríamos ahora más lejos aún de un mundo aceptable?

\* En suma, una de las funciones históricas del surgimiento de la economía del desarrollo fue la de inspirar confianza en la maniobrabilidad de la empresa del desarrollo, y por ende, la de ayudar a colocarla en la agenda de los gobernantes de todo el mundo. La afirmación de la pretensión del beneficio mutuo ayudó a este propósito.

#### 4. LA EXTRAÑA ALIANZA DEL NEOMARXISMO Y LA MONOECONOMÍA CONTRA LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO

Como era de esperarse, cuando la ruta del desarrollo resultó mucho menos suave de lo que se había pensado la naturaleza híbrida de la nueva subdisciplina la sometió a dos clases de ataques. La derecha neoclásica la censuró por haber violado los principios genuinos de la monoconomía y por haber complicado, mediante sus novedosas políticas económicas, el problema que trataba de resolver. En cambio, los neomarxistas pensaron que la economía del desarrollo no había ido suficientemente lejos en su análisis de los problemas de los países pobres: era tan grave su problema que sólo un cambio total de su estructura socioeconómica y sus relaciones con los países ricos podría cambiar las cosas; mientras no ocurriera ese cambio, las llamadas políticas de desarrollo sólo crean nuevas formas de explotación y "dependencia". Las dos críticas fundamentalistas atacaban a la economía del desarrollo desde direcciones opuestas y en términos totalmente diferentes, pero podían convergir en sus censuras específicas, como en efecto lo hicieron, sobre todo en la importante área de la industria-

lización. En virtud de que los defensores de la economía neoclásica y los miembros de diversas escuelas de pensamiento neomarxista viven en mundos enteramente separados, ni siquiera estaban conscientes de que actuaban al unísono. En general, casi no se ha notado esa extraña alianza *de facto*, pero desempeña un papel importante en la evolución de las ideas referentes al desarrollo, de modo que debemos narrar brevemente su historia.

En una etapa temprana surgieron ciertas dudas acerca de la armonía de los intereses de los países desarrollados y los subdesarrollados entre algunos de los autores principales de la nueva subdisciplina. Se aceptaba generalmente la idea de que los países industriales podrían contribuir en adelante al desarrollo de los países menos avanzados, sobre todo mediante la asistencia financiera, pero en varios círculos se plantearon dudas acerca de la distribución equitativa de las ganancias del comercio internacional, tanto en el pasado como en el presente. En 1949, Raúl Prebisch y Hans Singer formularon (en forma simultánea e independiente) su famosa "tesis" sobre la tendencia secular de los términos de intercambio a empeorar para los países productores de productos primarios e importadores de manufacturas.<sup>12</sup> Estos autores atribuyeron tal supuesta tendencia al poder de los sindicatos en los países avanzados y las condiciones de subempleo existentes en la periferia. El argumento se planteaba para justificar una política de industrialización sostenida. Arthur Lewis se vio impulsado por su modelo en una dirección similar: mientras que las "dotaciones ilimi-

<sup>12</sup> Joseph Love hace un relato del surgimiento de la tesis en "Raúl Prebisch and the Origins of the Doctrine of Unequal Exchange", *Latin American Research Review* 15 (noviembre de 1980), pp. 45-72. Véase también mi ensayo anterior titulado "Ideologies of Economic Development in Latin America" (1961), reproducido en *A Bias for Hope*, capítulo XIII. La reseña más reciente de la controversia subsecuente y las pruebas relacionadas en dos artículos de John Spraos: "The Theory of Deteriorating Terms of Trade Revisited", *Greek Economic Review* I (diciembre de 1979), pp. 15-42, y "The Statistical Debate on the Net Barter Terms of Trade between Primary Commodities and Manufactures" *Economic Journal* 90 (marzo de 1980), pp. 107-128.

tadas de mano de obra" en el sector de subsistencia depriman el salario real en toda la economía, todas las ganancias de los incrementos de la productividad tenderán a canalizarse hacia los países importadores; además, en una situación de mano de obra excedente al salario vigente, los precios dan señales equívocas para la asignación de recursos en general, y la división internacional del trabajo en particular; el resultado fue un nuevo argumento en favor del proteccionismo y la industrialización.

Tanto el argumento de Prebisch-Singer como el de Lewis demostraban que, sin un Estado juiciosamente intervencionista en la periferia, los datos estaban inevitablemente cargados en favor del centro. En general, tal parecía el resultado de algún destino desdichado más bien que una consecuencia de las maniobras deliberadas del centro. Los críticos de la izquierda censuraron más tarde a Arthur Lewis por tomar como un dato las dotaciones ilimitadas de mano de obra, y no como algo *producido* sistemáticamente por los colonizadores y capitalistas.<sup>13</sup> Por supuesto, Lewis estaba consciente de tales situaciones y en cierto momento observó específicamente que las potencias imperialistas empobrecieron la economía de subsistencia de África "arrebataando su tierra a la gente, demandando trabajadores forzados en el sector capitalista, o imponiendo tributos para impulsar a la gente a trabajar para los empleadores capitalistas".<sup>14</sup> Según Lewis, estas prácticas no constituían una característica decisiva del modelo; después de todo, una disminución de la mortalidad infantil podría tener el mismo efecto que un impuesto *per capita* sobre el incremento de la oferta de mano de obra.

Sin embargo, parece ser que el debate suscitado entre los economistas del desarrollo en los años cincuenta incluía la

<sup>13</sup> G. Arrighi, "Labour Supplies in Historical Perspective: A Study of the Proletarianization of the African Peasantry in Rhodesia", *Journal of Development Studies* 6 (abril de 1970), pp. 197-234.

<sup>14</sup> W. Arthur Lewis, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", publicado en 1954 y reproducido en A. N. Agarwala y S. P. Singh, comps.; *The Economics of Underdevelopment*, Oxford University Press, Londres, 1958, p. 410.

reunión de algunos aspectos antagónicos de la relación centro-periferia. Las teorías antes mencionadas trataban de demostrar que las ganancias del comercio internacional podrían distribuirse de modo desigual (quizá hasta el punto de que un grupo de países no ganara nada en absoluto), pero no llegaban a sostener que la relación existente entre los dos grupos de países pudiese ser en efecto explotadora en el sentido de que el comercio y otras formas del intercambio económico enriquecieran a un grupo *a expensas* de otro, una afirmación que resultaría inconcebible dentro de los supuestos de la teoría clásica del comercio internacional, empero, aunque esta clase de afirmación se hizo en una etapa relativamente temprana del debate. Gunnar Myrdal invocó el principio de la causalidad acumulativa (que había desarrollado primero en su libro titulado *An American Dilemma*) para tratar de entender la razón de las persistentes y crecientes disparidades del ingreso dentro de los países; pero la noción se extendió sin dificultad a los contactos existentes entre países. El argumento de Myrdal sobre la posibilidad de un empobrecimiento mayor de la región (o del país) pobre se basaba en gran medida en la probabilidad de que perdiera trabajadores calificados y otros factores escasos, y también en la posible destrucción de sus artesanías e industrias. Independientemente de Myrdal, yo había elaborado ideas similares: el "efecto de estela" de Myrdal —los factores que propiciaban el aumento de la disparidad— se convirtió en mi "efecto de polarización", mientras que su "efecto de dispersión" —los factores que propiciaban la difusión de la prosperidad de las regiones ricas a las pobres— fue mi "efecto de filtración". (Es probable que alcancemos la terminología óptima si combinamos el efecto de "dispersión" de Myrdal con mi efecto de "polarización"). Ambos sostuvimos, aunque con énfasis diferente, que debe tomarse en serio la posibilidad de que el efecto de polarización sea más fuerte que el efecto de dispersión, de modo que no sólo refutábamos la teoría del comercio internacional sino también la creencia tradicional más amplia, tan elocuentemente expresada por John Stuart Mill,<sup>15</sup> en el sentido de que el contacto entre grupos

<sup>15</sup> "En el atrasado estado actual del progreso humano es difícil

disímiles es siempre una fuente de progreso para todos. Quien haya observado con algún cuidado el escenario del desarrollo no podrá dejar de experimentar graves dudas acerca de esta concepción: en América Latina, por ejemplo, el progreso industrial fue particularmente vigoroso durante las guerras mundiales y la gran depresión, cuando los contactos con los países industriales se encontraban a nivel bajo. Para mí, esto sólo significaba que los periodos de aislamiento pueden ser benéficos; y me pareció que cierta alternación del contacto y el aislamiento creaba condiciones óptimas para el desarrollo industrial.<sup>16</sup> En todo caso, tanto Myrdal como yo consideramos los efectos de polarización como fuerzas que pueden ser combatidas y neutralizadas por las políticas públicas; yo traté de demostrar que en lugar de invocar tales políticas como algo autónomo (como lo hacía Myrdal en mi opinión), podemos verlas como surgidas de la experiencia de la polarización y en respuesta a tal experiencia.

Ocurrió algo extraño en cuanto se señaló que la interacción entre países ricos y pobres podía tener en ciertas circunstancias la naturaleza de un juego antagónico, de suma cero: muy pronto resultó intelectual y políticamente atractiva la afirmación de que tal era la esencia de la relación y que persistía como una ley de hierro en todas las fases de los contactos del centro capitalista con la periferia. Así como los educados en la tradición clásica de Smith y Ricardo no podían antes concebir una ganancia del comercio internacional que no fuese mutua, a los nuevos partidarios de la polarización les resultaba imposible percibir algo que no fuese empobrecimiento y degradación en cada una de las fases sucesivas de la historia de la

exagerar la gran importancia que tiene el que los seres humanos se pongan en contacto con personas desemejantes a ellos, y con modos de pensar y de acción distintos a aquellos con que están familiarizados... Tal comunicación ha sido siempre, y lo es sobre todo en la época actual, una de las principales fuentes de progreso". J. S. Mill, *Principios de economía política*, Libro III, capítulo xvii, § 5. FCE, México, 1978.

<sup>16</sup> *Strategy*, pp. 173-175, 199-201.

periferia.<sup>17</sup> Ésta es la tesis del “desarrollo del subdesarrollo” presentada por André Gunder Frank y sostenida también por algunos de los partidarios más extremos de la doctrina de la “dependencia”. Dado el momento histórico en que surgieron estas ideas, su misión primera y principal era la refutación despiadada de lo que hasta entonces se había considerado la promesa de la emancipación económica de los países subdesarrollados: la industrialización. Nos encontramos ahora a mediados de los años sesenta, cuando la industria de algunos países destacados del Tercer Mundo estaban experimentando dificultades reales y penalidades crecientes tras un periodo prolongado de vigorosa expansión. Se aprovechó esta situación para describir toda la industrialización como un fracaso total por varias razones (no siempre consistentes): la industrialización estaba “agotada”; era “distorsionada”; carecía de integración; conducía a la dominación y explotación de las empresas multinacionales en alianza con una “burguesía *lumpen*” interna; resultaba excesivamente intensiva en capital y por ende saboteaba el empleo; y alentaba una distribución más desigual del ingreso junto con una clase de dependencia nueva, más insidiosa que nunca.

Por la misma época, los economistas neoclásicos o mono-economistas —como deberíamos llamarlos de acuerdo con la terminología de este ensayo— estaban afilando sus propias navajas para lanzar un ataque contra las políticas de desarrollo que habían impulsado la industrialización para el mercado interno. En contraste con la censura múltiple de la izquierda, los mono-economistas se concentraron en una sola falla simple, pero para ellos capital, de estas políticas: la mala asignación de los recursos. En sí misma, esta crítica era fácil de pronosticar y podría no tener mayor peso que el de una prevención contra la industrialización emanada de un campo esencialmente igual diez, veinte o cincuenta años atrás. Pero la eficacia de la crítica era mayor ahora por diversas razones: 1) a resultas de las obras neomarxistas que acabamos de mencionar, algu-

<sup>17</sup> Aníbal Pinto ha llamado con razón “catastrofismo” a esta concepción.

nos de los defensores anteriores de la industrialización se habían convertido en sus críticos más enconados; 2) las políticas específicas que en la primera etapa habían resultado útiles para la promoción de la industrialización, así fuese a costa de presiones inflacionarias y de balanza de pagos, encontraron rendimientos decrecientes en los años sesenta y lograban una industrialización menor a costa de mayor inflación y mayores problemas de pagos que antes; 3) la práctica de una industrialización deliberada había generado exageraciones y abusos en varios países, y no había dificultad para elaborar una lista de ejemplos horribles que servían para incriminar todo el esfuerzo; 4) un nuevo conjunto de políticas que hacían hincapié en las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo se volvió atractivo a causa de la expansión rápida que a la sazón experimentaba el comercio mundial, y algunos países tales como Taiwan y Corea del Sur demostraron las posibilidades del éxito de semejantes políticas. En estas condiciones, las críticas neoclásicas se volvieron más convincentes que en el pasado.

El objetivo de los ataques neomarxistas y neoclásicos complementarios no era sólo el nuevo establecimiento industrial, que en efecto los superó muy bien; en el plano ideológico, la víctima buscada era la nueva economía del desarrollo, que había sugerido fuertemente el desarrollo industrial, y a la que ahora se imputaba la responsabilidad intelectual de todo lo que había salido mal. Los golpes de la izquierda y la derecha que cayeron sobre la subdisciplina incipiente y poco unificada la dejaron en efecto paralizada, tanto así que la defensa más intrépida de lo que habían logrado los esfuerzos de industrialización de la posguerra en el Tercer Mundo no provino de los antiguos pilares, sino de un socialista inglés que conservaba la tradición de la posición original de Carlos Marx acerca del problema de las áreas atrasadas, el finado Bill Warren.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> B. Warren, “Imperialism and Capitalist Accumulation”, *New Left Review*, Núm. 81 (septiembre-octubre de 1973, pp. 3-45, y “The postwar economic experience of the Third World”, en *Toward a New Strategy for Development*, pp. 144-168.

### 5. LAS VERDADERAS PENURIAS DE LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO

Sería tonto —tan tonto como el proverbio alemán *Viel Feind, viel Ehr* (muchos enemigos, mucho honor)— sostener que toda doctrina o política atacada simultáneamente desde la izquierda y la derecha está investida, por esa sola razón, de verdad y sabiduría. Ya he señalado que los críticos neoclásicos formularon algunas críticas válidas, así como los neomarxistas plantearon varios problemas serios, sobre todo en las áreas del control extranjero excesivo y de la distribución desigual del ingreso. Pero tales críticas debieran conducir normalmente a algunas reformulaciones, y finalmente, a un fortalecimiento de la estructura de la economía del desarrollo, y no ocurrió así. No apareció ninguna síntesis nueva. Pueden ofrecerse varias explicaciones. Por una parte, la economía del desarrollo se había erigido sobre la base de una concepción, el “país subdesarrollado típico”, que se volvía cada vez más irreal a medida que el desarrollo proseguía a tasas muy diferentes y asumía formas muy distintas en los diversos países de América Latina, Asia y África. ¡La ley del desarrollo desigual de Lenin, formulada originalmente para las principales potencias imperialistas, se aplicaba en el Tercer Mundo! Se puso en claro, por ejemplo, que para los fines de las proposiciones más elementales de la estrategia del desarrollo, los países de poblaciones grandes difieren sustancialmente de los Estados pequeños, cada vez más numerosos, del Tercer Mundo,<sup>19</sup> así como surgieron pocos problemas comunes entre los países exportadores de petróleo y los países en desarrollo e importadores del mismo. El concepto de un cuerpo unificado de análisis y recomendaciones de política económica para todos los países subdesarrollados, que contribuyó en gran medida al ascenso de la subdisciplina, se convirtió en cierto sentido en una víctima del éxito mismo del desarrollo y de su falta de uniformidad.

<sup>19</sup> Así lo subraya, por ejemplo, Clive Y. Thomas, *Dependence and Transformation: The Economics of the Transition to Socialism*, Nueva York: Monthly Review Press, 1974, *passim*.

✱ Pero había una razón más poderosa para el fracaso de la economía del desarrollo que no pudo recuperarse decisivamente de los ataques lanzados por sus críticos. Se encuentra tal razón en la serie de desastres políticos que afectaron a varios países del Tercer Mundo a partir de los años sesenta, los cuales estaban conectados *de algún modo* con las tensiones que acompañan al desarrollo y la “modernización”.<sup>20</sup> Estos desastres del desarrollo, que van desde las guerras civiles hasta el establecimiento de regímenes autoritarios y criminales, no podían dejar de preocupar a un grupo de científicos sociales que no se habían dedicado al cultivo de la economía del desarrollo después de la segunda Guerra Mundial como especialistas estrechos, sino impulsados por la visión de un mundo mejor. Como liberales, la mayoría de ellos presumían que “todas las cosas buenas van juntas”,<sup>21</sup> y daban por sentado que si pudiera elevarse el ingreso nacional de los países en cuestión surgirían varios efectos benéficos en el campo social, político y cultural.

Cuando resultó que la promoción del crecimiento económico implicaba con frecuencia una secuencia de acontecimientos que significaban un grave retroceso en las otras áreas, incluida la pérdida masiva de los derechos civiles y humanos, se vio afectada la tranquila confianza que brotaba de nuestra subdisciplina en sus primeras etapas. Lo que parecía una incapacidad para montar un vigoroso contraataque contra la alianza sacrílega de neomarxistas y neoclásicos puede haberse arraigado en una duda creciente, derivada de desgracias mucho más graves que la “mala asignación de los recursos” de los neoclásicos o la “nueva dependencia” de los neomarxistas.

No es que enmudecieran de pronto todos los talentosos economistas del desarrollo que en el ínterin habían llegado a la nueva rama del conocimiento. Algunos de ellos retrocedieron de la posición de que “todas las cosas buenas van juntas” a

<sup>20</sup> Sobre este tema, véanse también los capítulos III y V de este libro.

<sup>21</sup> Véase a Robert Packenham, *Liberal America and the Third World*, Princeton University Press, 1973, pp. 123-129.

la de "la buena economía es para la gente buena".<sup>22</sup> En otras palabras, en lugar de suponer que el desarrollo económico generaría progreso en otros campos, estos economistas consideraron legítimo operar sobre un supuesto implícito de óptimo de Pareto: como ocurre con las reparaciones de las tuberías o con las mejoras del control del tráfico, los esfuerzos técnicos de los economistas mejorarían las cosas en un área mientras dejaban las demás inmutables en el peor de los casos, de modo que mejoraría la posición de la sociedad en conjunto. La política de desarrollo económico quedaba así degradada, en efecto, a una tarea técnica que sólo se ocupaba de los mejoramientos de la eficiencia. Se creó y se buscó la ilusión de que, limitándose a problemas muy técnicos, de menor escala, la economía del desarrollo podría seguir adelante a pesar de los cataclismos políticos.

Pero hubo también otra reacción que habría de tener un gran efecto. Por experimentar una frustración doble, una por los eventos políticos desdichados en sí mismos y la otra por su incapacidad para comprenderlos, varios analistas y practicantes del desarrollo económico se vieron impulsados a observar el desempeño económico con ojos más críticos que antes. En un acto de desplazamiento freudiano, "culparon" a los aspectos más débiles del desempeño económico por la intranquilidad que les causaban los eventos políticos. En los países de regímenes autoritarios, el desplazamiento se vio reforzado a menudo, sin intención por supuesto, por la censura oficial que era mucho más rigurosa con el disenso político que con el desempeño económico.

En cierto sentido, se trató de una aplicación de la máxima de que "todas las cosas buenas van juntas", *al revés*. Ahora que los acontecimientos políticos habían tomado una dirección obviamente errada, debía probarse que la historia económica resultaba también poco atractiva. Algunos economistas se sintieron satisfechos en cuanto se restableció en esta forma el equilibrio entre el desempeño político y el desempeño eco-

<sup>22</sup> Una expresión atribuida a Arnold Harberger, en un artículo publicado en el *New York Times*, 7 de febrero de 1980.

nomico, así fuese a un nivel miserablemente bajo. Pero otros se sentían más activistas. Impotentes frente a la injusticia y la tiranía políticas, pero experimentando una vaga sensación de responsabilidad, trataban de lograr algunas enmiendas mediante la revelación de la injusticia económica. Al obrar así, prestaban escasa atención a John Rawls, quien sostenía por la misma época, en *A Theory of Justice*,\* que "un alejamiento de las instituciones de la libertad para todos [...] no puede justificarse o compensarse con una mayor ventaja social o económica".<sup>23</sup> Pero quizá haya resultado afortunado —y una medida de la vitalidad del movimiento de desarrollo— que el desencanto por la política generara un intento por corregir, por lo menos, los errores que los economistas podían denunciar en su capacidad profesional.

Aquí tenemos, entonces, un origen importante de la preocupación por la distribución del ingreso que se convirtió en un tema dominante de la literatura del desarrollo a principios de los años setenta. Resultó particularmente influyente el hallazgo de Albert Fishlow, basado en el censo de 1970, de que la distribución del ingreso se había vuelto más desigual en Brasil y que algunos grupos de ingresos bajos tenían quizá una situación peor en términos absolutos, a pesar de un crecimiento económico impresionante (o quizá a causa de tal crecimiento).<sup>24</sup> Robert McNamara, el presidente del Banco Mundial, hizo sonar la alarma basado en esto y en otros datos similares de diversos países, en su discurso anual ante la reunión de la Junta de Gobernadores de 1972. Vino luego un gran número de estudios y un intento por entender la configuración del desarrollo de acuerdo con las metas de la distribución, o por formular políticas que combinaran los objetivos del crecimiento y la distribución.

Antes de mucho tiempo, ya no se prestaba atención sólo a los aspectos relativos de la distribución del ingreso, sino también al nivel absoluto de la satisfacción de necesidades de los

\* *Teoría de la justicia*, FCE, México, 1979. [T.]

<sup>23</sup> Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1971, p. 61.

<sup>24</sup> "Brazilian Size Distribution of Income", *American Economic Review* 62 (mayo de 1972), pp. 391-402.